

vertencias, podría creerse que intento que su cariño pase por encima de los obstáculos que el mundo, y sobre todo su madre, habrá de encontrar invencibles. Dentro de cuatro meses cumpliré diez y seis años, y sin duda reconocerá usted que uno y otro somos demasiado jóvenes é inexpertos para combatir las dificultades de una vida comenzada sin más fortuna que la que poseo gracias á las bondades del difunto señor Jordy. Por otra parte, mi tutor desea que no me case hasta que tenga veinte años. ¿Quién sabe lo que la suerte le reserva á usted durante estos cuatro años que son los más hermosos de su vida? No deshaga usted, pues, su porvenir por una pobre joven.

»Caballero, después de haberle expuesto las razones de mi querido tutor, el cual, lejos de oponerse á mi dicha, quiere contribuir á ella con todas sus fuerzas, y desea ver reemplazada en breve su protección, débil ya, por un cariño igual al suyo, sólo me resta decirle lo mucho que agradezco sus ofrecimientos y los afectuosos cumplimientos que les acompañan. La prudencia que dicta esta respuesta emana de un anciano que conoce la vida; pero el agradecimiento que le expreso proviene de una joven cuya alma no ha sido ocupada por ningún otro sentimiento.

»Reconózcame siempre como su servidora,

»ÚRSULA MIROUET.»

Sabiniano no respondió. ¿Hacia tentativas para vencer la obstinación de su madre? ¿Había extinguido su amor esta carta? Mil preguntas se-

mejantes, todas insolubles, atormentaban horriblemente á Úrsula, y, por carambola, al doctor, que sufría las menores agitaciones de su querida hija. Esta subía frecuentemente á su cuarto, miraba á la habitación de Sabiniano, al cual veía pensativo sentado ante su mesa y volviendo frecuentemente los ojos hacia las ventanas de la joven. Al cabo de una semana, Úrsula recibió la siguiente carta, cuyo retraso se explicaba por el acrecentamiento de su amor.

«A LA SEÑORITA ÚRSULA MIROUET

»Querida Úrsula: Soy algo bretón, y, una vez que me decido á una cosa, nada ni nadie sería capaz de hacerme cambiar. Su tutor, á quien Dios conserve muchos años, tiene razón; pero ¿hago yo mal en amarla? Yo desearía saber únicamente si usted me ama; dígamelo usted, aunque sólo sea con una seña, y entonces esos cuatro años se convertirán en los más hermosos de mi vida.

»Un amigo mío ha entregado á mi tío el almirante de Kergarouet una carta en la que le pido protección para entrar en la marina. Este buen anciano, apiadado de mis desgracias, me ha respondido que los buenos deseos del rey serían contrarrestados por los reglamentos en el caso de que yo aspirase á un grado. Sin embargo, con tres meses de estudios en Tolón, el ministro me dará el cargo de timonel, y después de una cruzada contra los argelinos, con los cuales estamos en guerra, puedo sufrir un examen y llegar á ser aspirante. Finalmente, si me distingo en la expedición que se prepara contra

Argel, llegaré á ser seguramente alférez de navío. ¿Dentro de cuánto tiempo? Nadie puede decirlo. Me ha prometido únicamente hacer las ordenanzas tan elásticas como sea posible para que el nombre de Portenduere vuelva á figurar en la marina. Yo comprendo que para obtenerla á usted debo contar con su padrino, y el respeto que usted tiene á ese anciano contribuye á aumentar mi amor. Antes de responder á mi tío quiero tener, pues, una entrevista con su padrino, y de su respuesta dependerá todo mi porvenir. De todos modos, sepa usted que rica ó pobre, hija de un capitán de música ó de un rey, usted es la única que mi corazón anhela por esposa. Querida Úrsula, estamos en un tiempo en que las preocupaciones que en otra época nos hubiesen separado, no tienen fuerza bastante para impedir nuestro matrimonio. Para usted son, pues, todos los sentimientos de mi corazón, y para su padrino las garantías que respondan de su felicidad. Él no sabe que la he amado á usted más en algunos instantes que lo que la ha amado él en quince años. Hasta la noche.»

—Tenga usted, padrino mío, dijo Úrsula tendiendo esta carta al anciano con un movimiento de orgullo.

—¡Ah! hija mía, esto me alegra más que á ti, exclamó el doctor después de haber leído la carta. Ese hidalgo ha reparado todas sus faltas con esa resolución.

Después de comer, Sabiniano se presentó en casa del doctor, que se paseaba en aquel momento con Úrsula á lo largo de la balaustrada

de la terraza que daba al río. El vizconde había recibido las ropas de París, y no había dejado de realzar sus ventajas naturales vistiéndose con la misma elegancia que si se tratase de agradar á la hermosa y altiva condesa de Kergarouet. Al ver que se encaminaba hacia ellos, la pobre niña estrechó el brazo á su padrino enteramente lo mismo que si se agarrase para no caer á un precipicio, y el doctor oyó las profundas y sordas palpitaciones de su corazón, que no dejaron de inquietarle.

—Déjanos, hija mía, dijo á Úrsula, que fué á sentarse en los peldaños del pabellón chino, después de haberse dejado tomar la mano por Sabiniano, que depositó en ella un respetuoso beso.

—Señor, ¿daría usted esa niña á un capitán de navío? dijo el vizconde al doctor en voz baja.

—No, dijo Minoret sonriéndose, porque podríamos tardar mucho tiempo; pero se la daría á un teniente de navío.

Al oír estas palabras, lágrimas de gozo humedecieron los ojos del joven, que estrechó afectuosamente las manos del anciano.

—Entonces partiré, y procuraré aprender en seis meses lo que los alumnos de la escuela de marina aprenden en seis años.

—¿Partir? dijo Úrsula encaminándose precipitadamente hacia ellos.

—Sí, señorita, para merecerla á usted. Cuanto más pronto haga mi carrera, mayores pruebas le daré de mi cariño.

—Hoy estamos á 3 de octubre; márchese usted al menos después del 19, dijo Úrsula mirándole con infinita ternura.

—Sí, dijo el doctor, celebraremos san Sabiniano.

—Adiós, pues, exclamó el joven. Tengo que pasar esta semana en París para dar allí los pasos necesarios para obtener el favor del ministro y las mayores ventajas posibles, y hacer los preparativos y mis adquisiciones de libros é instrumentos de matemáticas.

Úrsula y su padrino acompañaron á Sabiniano hasta la reja. Después de haberle visto entrar en casa de su madre, le vieron salir acompañado de Estefanía que llevaba una maleta.

—Siendo usted rico, ¿por qué le obliga á servir en la marina? dijo Úrsula á su padrino.

—Porque no tardaría en ser yo la causa de sus nuevas deudas, dijo el doctor sonriéndose. Yo no le obligo; pero el uniforme, corazón mío, y la cruz de la Legión de honor ganada en un combate, borrarán muchas manchas. Dentro de seis años, puede llegar á mandar un buque, y eso es todo lo que yo le pido.

—Pero también puede perecer, dijo la niña, palideciendo, al doctor.

—Los enamorados, al igual que los borrachos, tienen un Dios que los protege, respondió el doctor bromeando.

Sin que su padrino lo supiese, Úrsula, ayudada por la Bougival, cortó durante la noche una cantidad suficiente de sus largos y hermosos cabellos rubios para hacer una cadena, y dos días después sedujo á su maestro de música el anciano Schmucke, el cual le prometió cuidar de que no cambiasen los cabellos y de que la cadena estuviese acabada para el día siguiente.

A su vuelta, Sabiniano comunicó al doctor y á su pupila que había hecho su alistamiento, y que debía hallarse en Brest el día 25. Invitado á comer á casa del doctor el día 18, Sabiniano pasó los dos días casi enteros en casa del doctor, y, á pesar de las sabias recomendaciones de éste, los dos enamorados no pudieron ocultar su amor al cura, al juez de paz, al médico de Nemours y á la Bougival.

—Hijos míos, les dijo el anciano, no guardando el secreto de vuestros amores, comprometéis vuestra dicha.

Por fin, el día de su santo, después de la misa, durante la cual cambiaron algunas miradas, Sabiniano, espiado por Úrsula, atravesó la calle y penetró en el jardinito, donde los dos amantes se encontraron casi solos. Por indulgencia, el buen hombre leía los periódicos en el pabellón chino.

—Querida Úrsula, dijo Sabiniano, ¿quiere usted darme el día de mi santo una alegría mayor que si mi madre me dotara de vida por segunda vez?

—Ya sé lo que quiere usted pedirme, dijo Úrsula interrumpiéndole. Tenga usted, he aquí mi respuesta, añadió sacando del bolsillo de su delantal la cadena hecha con pelo suyo y ofreciéndosela con una excitación nerviosa que acusaba una alegría ilimitada. Llévase esto por mi amor, y ojalá que este regalo sepa separarle de todos los peligros, recordándole que mi vida está unida á la suya.

—¡Ah! ¡picaruela! le da una cadena hecha con cabellos suyos, se decía el doctor. ¿Cómo se

habrá arreglado? ¡Cortar sus hermosas trenzas!  
¡Al parecer, sería capaz de darle mi sangre!

—¿No se ofenderá usted si le exijo, antes de marchar, una promesa formal de no tener nunca más marido que yo? dijo Sabiniano besando aquella cadena y mirando á Úrsula sin poder contener una lágrima.

—Si no se lo he dicho á usted ya bastante claro, yo que fui á contemplar los muros de Santa Pelagia cuando usted estaba encerrado allí, se lo repito, Sabiniano: nunca amaré á nadie más que á usted y nunca seré más que suya.

Viendo á Úrsula medio oculta entre la espesura, el joven no pudo resistir al placer de estrecharla contra su corazón y de besarla en la frente; pero Úrsula lanzó un débil grito, se dejó caer sobre el banco, y, cuando Sabiniano se puso á su lado para pedirle perdón, vió al doctor de pie ante ellos.

—Amigo mío, Úrsula es una verdadera sensitiva, capaz de morir por una palabra amarga, dijo el doctor. Para ella, debe usted moderar los impulsos de su amor. ¡Ah! Si la amase usted como yo desde hace diez y seis años, se contentaría usted con su palabra, añadió el anciano para vengarse de las palabras con que Sabiniano terminaba su última carta.

Dos días después, el vizconde partió.

A pesar de las cartas que escribió regularmente á Úrsula, ésta fué presa de una enfermedad sin causas sensibles. Como esos hermosos frutos atacados por los gusanos, un pensamiento constante le laceraba el corazón, y la enamorada acabó por perder el apetito y sus hermosos colo-

res. Cuando su padrino le preguntó qué sentía, Úrsula le contestó:

—Quisiera ver la mar.

—En el mes de diciembre es difícil llevarte á ver un puerto de mar, le dijo el anciano.

—Pero ¿iré? le dijo ésta.

Cuando se levantaban grandes vientos, Úrsula sufría violentas conmociones creyendo, á pesar de las sabias distinciones que su padrino, el cura y el juez de paz le hicieran ver entre los vientos de mar y de tierra, que Sabiniano sería víctima de algún huracán. El juez de paz la hizo feliz por algunos días con un grabado que representaba á un guardia marina de uniforme. La joven leía los periódicos, creyendo que le darían noticias de la expedición en que tomaba parte Sabiniano; devoró las novelas marítimas de Cooper y quiso aprender los términos de marina. Estas pruebas de la fijeza de su pensamiento, fingidas á veces por las demás mujeres, fueron tan naturales en Úrsula, que ésta llegó á adivinar en sueños las cartas de Sabiniano y no dejó nunca de anunciarlas por la mañana, contando su sueño precursor.

—Ahora estoy tranquila, dijo Úrsula al doctor la cuarta vez que tuvo lugar este hecho, sin que el cura y el médico se sorprendiesen. Por distante que se halle Sabiniano, si llegase á caer herido, yo lo sabría en el mismo instante.

El anciano médico quedó sumido en profunda meditación, que el juez de paz y el cura juzgaron dolorosa al ver la expresión de su rostro.

—¿Qué tiene usted? le preguntaron cuando Úrsula los dejó solos.

—¿Vivirá esa niña? les respondió Minoret. ¿Resistirá á las penas del corazón una flor tan tierna y delicada?

Sin embargo, la *pequeña visionaria*, como la llamó el cura, trabajaba con ardor, pues comprendía la importancia de una gran instrucción para una mujer de la clase elevada, y todo el tiempo que no dedicaba al canto y al estudio de la armonía y de la composición, lo pasaba leyendo libros que le escogía el abate Chaperon en la rica biblioteca de su padrino. En medio de esta vida laboriosa, Úrsula sufría, pero sin quejarse. A veces permanecía horas enteras contemplando la ventana de Sabiniano. Los domingos, á la salida de misa, seguía á la señora de Portenduere mirándola con ternura; pues, á pesar de las durezas de aquella altiva dama, la prometida sólo veía en ella á la madre de Sabiniano. Su piedad aumentaba é iba á misa todos los días, creyendo firmemente que sus sueños eran un favor de Dios. Asustado Minoret de los estragos que producía esta nostalgia del amor en Úrsula, le prometió llevarla el día de su cumpleaños á Tolón para presenciar la marcha de la expedición á Argelia, sin que Sabiniano, que formaba parte de ella, supiese nada. El juez de paz y el cura guardaron al doctor el secreto acerca del objeto de este viaje, que pareció tener por causa el restablecimiento de la salud de Úrsula, y que dió mucho que pensar á los herederos. Después de haber visto á Sabiniano en uniforme de aspirante, y después de haber visitado el buque del almirante, á quien el ministro había recomendado al joven Portenduere, Úrsula,

á ruegos de su padrino, fué á respirar los aires de Niza, y recorrió la costa del Mediterráneo hasta Génova, donde supo la llegada de la flota á Argel y las felices nuevas del desembarco. El doctor hubiera querido continuar este viaje á través de Italia, tanto para distraer á Úrsula, como para acabar en cierto modo su educación, agrandando sus ideas mediante la comparación de las costumbres de los países y con los encantos de la tierra donde viven las obras maestras del arte y donde tantas civilizaciones dejaron sus brillantes huellas; pero la noticia de la resistencia opuesta por el trono á los electores de las famosas Cortes de 1830, llamó al doctor á Francia y con él á su pupila, que gozaba ya de excelente salud, y que se consideraba feliz con la posesión de un pequeño modelo del buque en que servía Sabiniano.

Las elecciones de 1830 aumentaron el poder de los herederos, los cuales, gracias á los esfuerzos de Desiderio y de Goupil, lograron formar en Nemours un comité, cuyos votos contribuyeron á nombrar por Fontainebleau á un candidato liberal. Massin ejercía una enorme influencia sobre los electores del campo. Cinco cortijeros del dueño de la posta eran electores. Dionis representaba más de once votos. Reuniéndose en casa del notario, Cremière, Massin, el dueño de la posta y sus partidarios acabaron por acostumbrarse á verse allí, y á la vuelta del doctor, el salón de Dionis se había convertido en campo de los herederos. El juez de paz y el alcalde, que se unieron á la sazón para combatir á los liberales de Nemours, derrotados por la oposi-

ción á pesar de la ayuda de los palacios situados en los alrededores, quedaron estrictamente unidos con la derrota. Cuando Bongrand y el abate Chaperon comunicaron al doctor el resultado de aquel antagonismo que originó, por primera vez, la existencia de dos partidos contrarios en Nemours, y dió importancia á los herederos de Minoret, Carlos X partía de Rambouillet para Cherburgo. Desiderio Minoret, que participaba de las opiniones del Colegio de abogados de París, hizo salir de Nemours á quince amigos suyos, mandados por Goupil, á los cuales dió caballos el maestro de posta, para correr á París, adonde llegaron á casa de Desiderio la noche del 28. Goupil y Desiderio cooperaron con esta tropa á la toma de la casa de la villa. Desiderio Minoret fué condecorado con la Legión de honor y nombrado sustituto del procurador del rey en Fontainebleau. Goupil obtuvo la cruz de Julio. Dionis fué elegido alcalde de Nemours, reemplazando así al señor Levrault, y el consejo municipal se compuso de Minoret-Levrault, como teniente alcalde, de Massin, de Cremiere y de los demás concurrentes al salón de Dionis. Bongrand conservó su destino gracias á la influencia de su hijo, procurador del rey á la sazón en Melun, y cuyo casamiento con la hija de Levrault pareció entonces probable. Viendo el tres por ciento á cuarenta y cinco, el doctor se fué á París y colocó quinientos cuarenta mil francos en inscripciones al portador. El resto de su fortuna, que ascendía á doscientos setenta mil francos, fué colocado á su nombre y le dió ostensiblemente quince mil francos de renta.

Minoret empleó en igual forma el capital que le había legado á Úrsula su antiguo profesor, así como los ocho mil francos producidos en nueve años por los intereses, todo lo cual produjo á su pupila una renta de mil cuatrocientos francos, gracias á una pequeña suma que le añadió para redondear esta escasa renta. Siguiendo los consejos de su amo, la anciana Bougival obtuvo también trescientos cincuenta francos de renta, colocando de igual modo los mil y pico de duros que tenía economizados. Estas sabias operaciones, meditadas entre el doctor y el juez de paz, fueron llevadas á cabo con el mayor secreto en medio de las turbaciones políticas. Cuando la calma estuvo restablecida, el doctor compró una casita contigua á la suya, y la derribó para construir en su lugar una cochera y una cuadra. Emplear el capital de mil francos de renta para darse aquel gusto, pareció una locura á todos los herederos de Minoret, y esta pretendida locura fué el principio de una nueva era en la vida del doctor, el cual, aprovechando el momento en que los caballos y coches estaban baratísimos, trajo de París tres soberbios caballos y una calesa.

A principios de noviembre de 1830, cuando el anciano, durante un día lluvioso, fué á misa en calesa por primera vez, y bajó para dar la mano á Úrsula, todos los habitantes de Nemours acudieron á la plaza, tanto para ver el coche del doctor é interrogar á su cochero, como para charlar de su pupila, á cuya excesiva ambición atribuían Massin, Cremiere y el dueño de la posta las locuras de su tío.

—¡En calesa! ¿qué le parece á usted, Massin? ¡Vaya un empleo que tiene su herencia!

—Cabirolle, habrás pedido buen salario, ¿verdad? dijo el dueño de la posta al hijo de un conductor suyo que permanecía al lado de los caballos. Es de esperar que no gastarás muchas herraduras en casa de un hombre de ochenta y cuatro años. ¿Cuánto han costado los caballos?

—Cuatro mil francos. La calesa, aunque fué comprada de lance, ha costado dos mil francos; pero es hermosa y las ruedas son de patente.

—¿Cómo dice usted, Cabirolle? preguntó la señora Cremiere.

—Dice *de detente*, respondió Goupil. Es una idea de los ingleses que inventaron esta clase de ruedas. Mire usted, no se ve nada, está encajonada, y no tiene ese feo trozo de hierro que cubría el eje.

—¿Qué significará *detente*?

—Vamos, usted es una buena mujer, dijo Goupil, y no quiero engañarla. La verdadera palabra es de *pata dentro*, porque están escondidas.

—Sí, sí, señora, dijo Cabirolle que fué engañado por la explicación que con tanta seriedad daba Goupil.

—De todos modos, es un coche hermoso, exclamó Cremiere, y se necesita ser rico para darse esos gustos.

—¡No va mal la pequeña! dijo Goupil. Pero hace bien, y así les enseña á ustedes á gozar de la vida. ¿Por qué no tiene usted también caballos y calesas hermosos? ¿Se va usted á dejar

humillar? En su lugar, yo compraría un coche de príncipe.

—Vamos á ver, Cabirolle, dijo Massin, ¿es la pequeña la que mete á nuestro tío en esos lujos?

—No lo sé, respondió Cabirolle, pero ella es casi la dueña de la casa. Todos los días vienen de París profesor tras profesor. Según dicen, ahora va á estudiar pintura.

—Aprovecharé esta ocasión para que me saquen mi retrato, dijo la señora Cremiere.

En provincias se dice aún *sacar*, en lugar de *hacer* un retrato.

—Pues al viejo alemán aun no lo han despedido, dijo la señora Massin.

—Hoy mismo ha estado en casa, respondió Cabirolle.

—Por mucho pan nunca mal año, dijo la señora Cremiere, que hizo reír á todo el mundo.

—Ahora ya pueden ustedes despedirse de la herencia, exclamó Goupil. Úrsula cumplirá pronto diez y siete años, y está más bonita que nunca. Los viajes educan á la juventud, y la muy farsante hace de su tío lo que quiere. Todas las semanas trae el coche cinco ó seis paquetes para ella, y las costureras y las modistas vienen á probarle aquí sus ropas y sus vestidos. Mi patrona está furiosa. Esperen ustedes á Úrsula á la salida y fíjense en su chal, que es una verdadera cachemira de seiscientos francos.

Un rayo en medio de los herederos no hubiera producido más efecto que las últimas palabras de Goupil, que se frotaba las manos.

El antiguo salón verde del doctor fué renovado por un tapicero de París. Juzgado por el lujo

que desplegada, el anciano tan pronto era acusado de haber ocultado su fortuna como de gastar lo poco que tenía en agrandar á Úrsula. En Nemours le tildaban tan pronto de ricacho como de libertino. La frase: «¡Es un viejo loco!» resumió la opinión del país. Estas falsas apreciaciones del pueblo dieron por resultado el engañar á los herederos, que no sospecharon siquiera los amores de Sabiniano y de Úrsula, amores que eran la verdadera causa de los gastos del doctor, el cual se complacía en acostumbrar á su pupila al papel de vizcondesa y en adornar á su ídolo, toda vez que poseía más de cincuenta mil francos de renta.

En el mes de febrero de 1832, el día en que Úrsula cumplía diez y siete años, la joven vió á Sabiniano á la ventana en traje de alférez de navío, al levantarse por la mañana.

—¿Cómo no he sabido nada? se preguntó Úrsula.

Después de la toma de Argel, donde Sabiniano se distinguió por un rasgo de valor que le valió la cruz, y como la corbeta en que servía hubiese permanecido varios meses en el mar, el vizconde de Portenduere no había podido escribir al doctor, y no quería dejar el servicio sin consultarle. Deseoso de conservar á la marina un nombre ilustre, el nuevo gobierno había aprovechado el trasiego de julio para dar el grado de alférez á Sabiniano. Después de haber obtenido una licencia de quince días, el reciente alférez acababa de llegar de Tolón por la diligencia para celebrar el santo de Úrsula y pedir consejo al doctor.

—¡Ha llegado! exclamó la ahijada entrando precipitadamente en el cuarto de su padrino.

—Está bien, respondió éste; adivino el motivo que le hace dejar el servicio, y, en lo sucesivo, me parece que puede permanecer en Nemours.

—¡Ah! el motivo está en que hoy es el día de mi santo, dijo Úrsula abrazando al doctor.

A una seña que la joven fué á hacer al vizconde, éste se presentó inmediatamente en casa de su amada. Úrsula quería admirarle, pues le parecía que se había embellecido mucho. En efecto, el servicio militar imprime á los gestos, al paso y á la actitud de los hombres una decisión mezclada de gravedad y no sé qué rectitud, que permite al observador más superficial reconocer á un militar en traje de paisano: nada mejor que esto demuestra que el hombre está hecho para mandar. Úrsula se enamoró aun más de Sabiniano, y sintió una alegría infantil paseándose con él por el jardinito, dándole el brazo y haciéndole contar la parte que había tomado en la toma de Argel *en su calidad de aspirante*. Para la joven era indudable que Sabiniano había llevado á cabo la toma de Argel. El doctor, que los vigilaba desde su cuarto, al mismo tiempo que se vestía, salió á su encuentro. Sin espontanearse por completo con el vizconde, Minorret le dijo entonces que en el caso de que la señora Portenduere consintiese en su matrimonio con Úrsula, la fortuna de su ahijada hacía superfluo el sueldo de los grados que él pudiese adquirir.

—¡Ay de mí! dijo Sabiniano, mucho tiempo se necesitará para vencer la resistencia de mi

madre. Antes de mi partida, colocada en la alternativa de verme siempre á su lado si consentía en mi casamiento con Úrsula, ó de no verme más que de tiempo en tiempo, con la inquietud constante de saber que estaba expuesto á los peligros de mi carrera, me dejó partir...

—Pero de todos modos estaremos juntos, Sabiniano, dijo Úrsula tomándole la mano y sacudiéndosela con una especie de impaciencia.

En verse y no separarse nunca consistía para aquella joven todo el amor. Más allá no veía nada, y el bonito gesto y la vivacidad de su acento denotaron tanta inocencia, que Sabiniano y el doctor se enternecieron. La dimisión fué enviada, y el santo de Úrsula fué animado con la presencia del futuro. Algunos meses después, hacia el mes de mayo, la vida interior del doctor Minoret recobró su calma habitual, si bien se vió animada por un concurrente más. Las asiduidades del joven vizconde fueron interpretadas tanto más pronto como propias de un futuro, cuanto que en la misa y en el paseo sus maneras y las de Úrsula denotaban la armonía de sus corazones. Dionis hizo observar á los herederos que el doctor no pedía los intereses á la señora de Portenduere, y que ésta le debía ya tres años.

—Se verá obligada á ceder y á consentir el mal matrimonio de su hijo, dijo el notario. Si esa desgracia ocurriese, es probable que una gran parte de la fortuna del tío de ustedes serviría de argumento irresistible.

La irritación de los herederos, adivinando que su tío quería demasiado á Úrsula para no ase-

gurar su porvenir, pasó á ser entonces sorda y profunda. Reunidos todas las noches en casa de Dionis desde la revolución de julio, maldecían allí á los dos amantes, y no terminaba nunca la velada sin que buscasen en vano los medios de oponerse á los deseos del anciano. Celia, que, al igual que el doctor, había aprovechado sin duda la baja de las rentas para colocar ventajosamente su enorme fortuna, era la que se mostraba más encarnizada contra la huérfana y los Portenduere. Una noche en que Goupil, que se guardaba bien de aburrirse en aquellas veladas, fué para estar al corriente de los asuntos de la villa que se discutían allí, Celia tuvo una recrudescencia de odio, pues había visto por la mañana al doctor, á Úrsula y á Sabiniano que volvían juntos en calesa de dar un paseo por los alrededores.

—¡Daría treinta mil francos porque Dios llamase á nuestro tío antes de que se hubiese verificado el casamiento de Portenduere y de la remilgada! dijo la dueña de la posta.

Goupil acompañó á los señores Minoret hasta la puerta de su casa, y les dijo mirando en torno suyo, para saber si estaban bien solos:

—¿Quieren ustedes darme los medios de comprar el estudio de Dionis, y me comprometo á deshacer el casamiento del señor Portenduere con Úrsula?

—¿Cómo? preguntó el coloso.

—¿Me creen ustedes tan tonto para confiarles mi proyecto? respondió el primer pasante.

—Pues bien, hijo mío, malquistales y ya veremos, dijo Celia.